

RASGOS SOCIO-MILITARES DE EUROPA OCCIDENTAL (*)

I

La influencia que durante tanto tiempo dejaron sentir los ejércitos de los Estados europeos, siendo el soporte de grandes organizaciones de poder, dio como resultado que fuesen el modelo sobre el que se constituyeron las fuerzas armadas de todo el mundo. A este respecto, los ejércitos han sido uno de los factores que más decisivamente han contribuido a la occidentalización de otras áreas, tanto en aquellos países abiertos a tal influencia como en otros aparentemente aferrados a sus tradiciones o peculiar forma de ser.

Qué duda cabe que la causa de tal influencia procedía de ser tales instituciones los ejércitos más poderosos, y sobre todo poseedores de una organización y capacidades dignas de imitarse. Ya en el pasado siglo los ejércitos de las repúblicas americanas se modelaron según los sistemas europeos, y ya en el presente siglo la admiración de los sistemas militares europeos han movido a tantos y tantos países de Asia y Africa a organizar sus ejércitos dentro de una línea claramente occidental pese a las peculiaridades que conservaran.

La vía de penetración de la mentalidad y estilos occidentalizados, desde los «jóvenes turcos» hasta los más recientes países independizados, en una serie de aspectos de la vida social, ha sido considerable. Pero los países europeos llegaron a una racionalización y tecnificación en sus métodos militares después de un largo proceso, en el cual la interrelación socio-político-militar fue intensa. Las diferencias continuas de los países europeos, dentro

(*) El presente trabajo constituye una ponencia del autor presentada en el III Ciclo Académico, del Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional (CESEDEN), dedicado al tema «España ante la Comunidad Atlántica y el movimiento de integración europea». La pretensión de la ponencia es la de ofrecer algunos elementos fundamentales de las fuerzas armadas de Europa occidental, en su contorno sociomilitar. De ahí que abunden las afirmaciones sin justificar. A tal efecto, la bibliografía indicada al final conducirá mejor a los aspectos aquí tratados brevemente.

de un inestable equilibrio de poder, roto frecuentemente, facilitaron en mucho, aunque dolorosamente, el desarrollo de las instituciones militares, así como la intensificación de la recíproca influencia interacción ejército-sociedad.

La serie de interesantes cuestiones, planteadas especialmente en el período histórico más cercano, nos conduce a resaltar, al menos una de ellas: el cambio profundo que se opera en todos los órdenes en Europa tras la crisis del absolutismo y la nueva época que produce la Revolución francesa.

Frente a los pequeños ejércitos profesionales y cuasifeudales de Austria, Prusia, Inglaterra, Rusia, etc., coaligados, las masas militarizadas de Napoleón, con una moral y capacidad superior, van a introducir una significación diferente desde ese momento en la interpretación de los principios que regirían la institución militar. Un conjunto de factores sociales, económicos y de progreso técnico van a ir aumentando continuamente en volumen, capacidad e influencia a los establecimientos armados europeos. La apertura a otros sectores sociales de la *élite* militar, antes casi exclusivamente limitada a la nobleza, es una de las consecuencias de la conversión de los ejércitos en instrumentos nacionales (menos en la práctica que en la teoría), dejando de ser un instrumento de la política del monarca, y colocando el amor a la Patria y la exaltación de la nacionalidad, de la colectividad en definitiva, en un elevado lugar. Los efectos de la nueva estructura social no sólo se limitaron a la estrategia y organización, sino que cambiaron profundamente los aspectos internos y externos de las nuevas instituciones militares.

A lo largo del siglo XIX las fuerzas armadas más relevantes de Europa occidental se fueron configurando cada vez más en un sentido profesional, especializado y con una influencia política que si institucionalmente era más restringida, cualitativamente era más amplia y profunda. Estos ejércitos se desarrollaron a través de lo que Janowitz ha llamado un proceso de «diferenciación institucional». La diferenciación institucional la entiende como la transformación interna en cuanto a organización y burocracia, por la cual las fuerzas armadas se constituían como organización marcadamente distinta e independiente, con su propio reclutamiento de jefes y oficiales y una formación especial, con sus recursos y administración propia y con una especialización cada vez más elevada sobre todo en lo que se refiere a estructura y formación de las decisiones. Toda esta evolución de los ejércitos en la época contemporánea ha sido una manifestación de la continua complejidad de la tecnología de la organización bélica, que ha ido complicándose y especializándose progresivamente, así como por los objetivos políticos del imperialismo y del nacionalismo, los cuales han hecho posibles los ejércitos modernos.

Hacia fines del siglo XIX estaba ya prácticamente acabado el proceso al cual alude Janowitz de *diferenciación institucional*, mediante la unificación administrativa y profesional, llegando a representar las fuerzas armadas en

cada uno de los Estados europeos un elemento autónomo dentro del equipo sociopolítico. El último tercio del siglo XIX fortaleció la posición de los ejércitos en Europa, y éstos contaban ya con una organización eficaz y bien estructurada. Su influencia social y política creció paralelamente, y con ello el ascendiente social de los militares. Sin embargo, respecto de la interacción sociopolítica entre ejército y sociedad, los países europeos han seguido cada uno una camino independiente, a pesar de las analogías que en otros campos puedan observarse. En los países industrializados, desde comienzos del siglo XX, el desarrollo de la organización militar ha producido un encadenamiento cada vez más estrecho entre las fuerzas armadas y la sociedad. Conforme la guerra ha ido aumentando su carácter destructivo y total la institución militar ha llegado a los límites de su propia diferenciación, pero también ha empezado a darse más fuertemente cada vez la simbiosis entre lo civil y lo militar, el estrechamiento de ambas esferas, el oscurecimiento de los límites sociopolíticos mutuos, independientemente de las delimitaciones formales. Las nuevas doctrinas de la Defensa Nacional aparecen cada vez más como una tarea colectiva y con una implicación de todos los sectores sociales, políticos y económicos, de forma que viniendo a ser la guerra más detestada, de una forma orgánico-social, viene a ser también un producto de todo el conjunto social. De ahí que la institución militar sea así la expresión militar de la organización social para la guerra, aunque la fundamentación última haya que buscarla en factores más complejos y entrelazados del conjunto social; entre todo esto las fuerzas armadas constituyen un núcleo de organización e influencia sobresaliente.

A todo ello ha contribuído lo que en un principio se llamó la *nacionalización* de los ejércitos, en el sentido de dejar de ser un instrumento de la corona y la nobleza, o de las oligarquías aristocráticas, para pasar después a las oligarquías de distinto signo surgidas en el siglo XIX y sus variantes del siglo XX, entrando, no obstante, a adoptar un sentido social e integrador actual.

Todos estos fenómenos, con sus respectivos planteamientos estructurales y fundamentación causal sociopolítica, vienen ocupando últimamente la atención de los sociólogos. Así, la adaptación y adopción de los caracteres comunes a las grandes organizaciones civiles por las instituciones militares, los fundamentos y relaciones de la profesión militar, la «diferenciación institucional», la posterior fusión en una concepción civil abandonando los estériles como detestados criterios «militaristas» (fenómeno que se ha denominado de «civilianización» por los autores anglosajones), así como el de su conversión en una organización de tipo técnico.

De todas formas, la rica y abundante problemática implicada que venimos enunciando sólo pretende situar y enfocar un poco nuestro tema en cuanto

a su naturaleza. El propósito de esta ponencia es el de examinar los modelos más recientes de algunas fuerzas armadas europeo-occidentales desde 1945.

Europa occidental perdió ya la dirección de la política mundial. Tras la segunda guerra mundial la tecnología nuclear transformó los objetivos militares, la estrategia, y con ello cambió por completo la política internacional. Las fuerzas armadas entraron en un proceso de cambio y en un nuevo ciclo de transformación; como consecuencia se han oscurecido los presuntos límites entre el civil y el militar. La interdependencia entre el conjunto social y la institución militar es tan fundamental hoy que difícilmente pueden comprenderse a las fuerzas armadas como un sector autónomo y aislado.

Siguiendo la evolución de las fuerzas armadas desde los tipos feudales o aristocráticos vigentes hasta bien entrado el siglo XIX, los modelos de las relaciones de las élites civil-militares constituyen un índice importante del cambio social. El modelo aristocrático era una combinación que tuvo su vigencia en las estructuras de poder europeas de antes de la industrialización. En este modelo las élites civiles y militares estaban social y funcionalmente integradas; sus objetivos y mentalidad coincidían así como sus intereses: la procedencia social era prácticamente la misma. La selección de ambas élites era muy reducida y la estructura relativamente monolítica del Poder dio a la élite civil una base amplia y comprensiva acerca del control político de las fuerzas armadas. La rígida jerarquía existente en el modelo aristocrático delimitaba a ambas élites; el origen de la autoridad y el prestigio de algunos miembros militares contribuían a la conjunción y elevación de ambas sociedades. Ello era posible por la baja especialización existente en la profesión militar que marcaba a la élite política la amplitud, circunstancias y altura de la dirección del establecimiento militar. El nacimiento, las conexiones familiares, la ideología común, los objetivos comunes, aseguraron que el militar procurara la incorporación a la sociedad de los valores del grupo dominante. El control político era necesariamente un control civil ya que constituía una lógica comunidad de intereses entre la aristocracia y los grupos militares. El militar era responsable porque era parte del gobierno. De esta forma la significación del binomio ejército-sociedad tenía significado solamente en cuanto que las fuerzas armadas poseían una organización independiente con formas peculiares de vida.

Con la profesionalización, en la segunda mitad del siglo XIX, la formación y preparación de los oficiales comienza a especializarse. Las academias y centros especiales militares extienden progresivamente el desarrollo de las instituciones militares. Las diferencias y uniformidades de los diversos ejércitos y unidades militares adquieren peculiaridades en su conformación y comportamiento que requieren especificación.

La uniformidad básica se manifestaba en la aparición del militar común

y en las formas profesionales. La reforma de los ejércitos se producirá debido a una acción de los reformadores militares desde dentro y por la incorporación de elementos activos procedentes de la clase media. La tecnología, además, dificultaba ya la permanencia en los puestos altos sin una debida preparación, a lo cual era refractaria la nobleza y las clases altas, facilitando con su actitud la incorporación de otros sectores sociales a la formación de los cuadros de mando de los ejércitos. De este modo las fuerzas armadas se convirtieron en una gran organización que empujaba la movilidad social, ya que los altos puestos seguían teniendo una alta consideración y su acceso estaba ya abierto a clases más bajas. Las fuerzas armadas se convirtieron desde principios del siglo XIX en una de las primeras organizaciones «modernas» dentro de las sociedades europeas. De todas formas las exigencias y caracteres del acceso a los puestos de mando variaban en los diferentes países europeos. Asimismo, las particularidades y diferencias se acusaban más fuertemente respecto de su influencia política y el equilibrio sociopolítico resultante.

El estatuto como profesión diferenciada mantenido durante el siglo XIX era compatible dentro de unas relaciones civil-militares cordiales, con las instituciones parlamentarias de Gran Bretaña, y con las formas de la oligarquía nacionalista de Prusia. En este caso podemos apreciar más elementos democráticos en el modelo británico. En líneas generales las élites militar y civil se diferenciaban nítidamente en un aspecto formal, pero socialmente estaban en estrecho contacto. Desde el aspecto civil se ejercía el control militar a través de un conjunto de reglas formales que especificaban las funciones militares y las condiciones bajo las cuales el militar ejercía su poder. Los oficiales eran profesionales empleados por el Estado, y su carrera como funcionarios era esencialmente distinta que la de las profesiones civiles, aunque coincidieran en un objetivo superior de servicio al Estado. Siendo soldados, su misión era tan específica que resultaba incompatible con cualquier otra actividad social o política significativa. La obediencia de los jefes militares al Gobierno estribaba en su concepción del deber dentro de una distribución de las responsabilidades, y la de ellos era la guerra y el mantenimiento de la grandeza del país. Imaginaban ser los depositarios de los fines nacionales y políticos de una democracia en un sentido íntimo. La ética profesional y las instituciones democrático-parlamentarias garantizaban la supremacía política civil.

El modelo prusiano, entre formas distintas, representa sólo una forma de profesionalismo militar en lugar de un militarismo tardío con cierto ingrediente romántico. Las diferencias existentes entre el equilibrio sociopolítico de Gran Bretaña y el de Alemania durante el siglo XIX no puede explicarse de una forma genérica por las diferencias existentes en su estructuración social o por las particularidades de la procedencia social de los miembros de

la *élite* militar. El militar prusiano procedía predominantemente de las familias de grandes terratenientes y de los grupos aristocráticos bajos; incluso existió la tradición de destinar a la carrera militar a los hijos en las familias nobles arruinadas en Prusia. En las fuerzas armadas británicas la procedencia social variaba poco respecto de Prusia. Sin embargo, en Prusia la educación de los futuros oficiales era bien distinta que en la Gran Bretaña, y diferenciaba rápidamente este elemento a sus miembros de sus homólogos civiles.

A pesar de todo, el que en un sistema político como el prusiano no existiera un control de los militares por las *élites* civiles, ejercido a través de un conjunto de reglas formales, no era un condicionante para diferenciar a este sistema en el aspecto que hablamos, respecto a que en Gran Bretaña gobernase una oligarquía en la que los militares eran un elemento tan fundamental como activo. Los oficiales eran profesionales, pero el concepto que de sí mismos tenían era bien similar al de sus correspondientes prusianos; no se creían en modo alguno funcionarios o servidores del Estado, sino pilares angulares y guardianes del Estado; incluso la carrera militar suponía una fuerte especialidad hasta en la fuerte vocación exigida, respecto de otras profesiones civiles. La vida militar preparaba a sus miembros para el mando en toda crisis o emergencia.

En definitiva, este tipo de jefes militares de países con cierta tradición democrática, obedecían al Gobierno por razones similares a las de los militares de países feudo-aristocráticos: se consideraban a sí mismos como parte del gobierno. No obstante la evolución de los procesos que fueron marcando los momentos más importantes en el desarrollo de las relaciones civil-militares en los países europeos no sucedió con un esquema tan sencillo como el que venimos exponiendo. Este es sólo el resumen, la síntesis del análisis de los períodos observados. La historia contemporánea está llena de conflictos entre ambos poderes no siempre resueltos, en los cuales, inmediatamente que profundicemos un poco, y especialmente en el sector militar, salen a relucir estos tipos de autoconsideración de que hablamos. Por otra parte no hay que omitir que así como los sectores militares mantenían estos criterios, unas veces pública y colectivamente, otras individual y reservadamente, según el país y el momento, los poderes civiles no siempre opinaban igual; esto sucede con mayor entidad conforme se va cerrando ese período de «diferenciación institucional» a fines del pasado siglo.

A causa del formalismo individualista los ejércitos perdieron a lo largo del siglo XIX gradualmente su significación expresiva de la nación en armas, de defensa colectiva típica de la Revolución francesa, pasando a ser en teoría, y bastantes veces también en la práctica, un instrumento de la defensa nacional alejado de la política, y al servicio del equipo de turno instalado en el Poder; ello era consecuencia de un reforzado postulado de la supremacía civil.

Para conseguir la obediencia incondicional —instantánea, se decía— de las fuerzas armadas a los supremos órganos civiles se convirtió la separación de los poderes civil y militar en la mayor parte de los países europeos en una hermetica e innecesaria antítesis, disyunción que en la mayor parte de los países fue incumplida materialmente, y en otros produjo serios conflictos y consecuencias, especialmente en Francia. Se impuso la apoliticidad hasta extremos lesivos de los principios de libertad e igualdad formalmente proclamados.

La estructura política del Estado contemporáneo intentó durante algún tiempo aislar a las fuerzas armadas de su origen y significación popular para ponerlas en manos del equipo gubernamental, el cual encarnaba la presunción de la representación popular y al cual habían de obedecer ciegamente. Asumir esta penosa tarea no fue tarea fácil para el ejército; en la mayor parte de las ocasiones produjo una introversión individual e institucional que frecuentemente le restaba dignidad y eficacia ante amplios sectores de la sociedad. Así, en Alemania durante la República de Weimar, o en Francia en el presente siglo hasta bien recientemente.

Hoy, sin embargo, se superan estas actitudes civiles de antaño, reforzándose la responsabilidad permanente y directa de la conducción política del Estado respecto a la defensa nacional, que funde y garantiza una función política subsidiaria y permanente del ejército. Con la transformación debida a la tecnología y mediante la simbiosis y fusión de los sectores civiles y militares, han cambiado también las formas y especies en que degeneraban algunos extremos militaristas. De esta manera el totalitarismo supuso una realidad histórica consecuente y posible en aquellos países que tenían una estructura civil-militar de corte oligárquico o cuyas instituciones democráticas no consiguieron desarrollarse; este modelo tan desarrollado en Alemania y la Unión Soviética, y en menor grado en Italia, formó un nuevo tipo de control civil de la *élite* militar. Una *élite* política revolucionaria, procedente de un *status* social relativamente bajo y constituida en un partido político de carácter autoritario, cubierta de símbolos y adornos parlamentarios, consiguió por medio de la fuerza y con la ayuda de una alianza eventual con los jefes militares más antiguos, transformar la *élite* militar. El control del partido en esta modalidad totalitaria se impuso por la policía secreta, la infiltración de miembros del partido en la jerarquía militar, la creación de sus propias unidades armadas del partido, desmontando la lealtad y recíproca confianza de los altos jefes militares, la unidad interna del ejército, el control en el sistema de selección de oficiales, etc. Bajo este sistema totalitario de control político de las fuerzas armadas se destruyó la independencia de la organización militar. Esta consecuencia fue particularmente grave si se tiene en cuenta el sacrificio a que se sometió a estos ejércitos durante la segunda guerra mundial.

Refiriéndose a sociedades con instituciones democráticas y parlamentarias en las que se dan fenómenos de extraordinario aumento de poder por parte de los militares, Harold D. Lasswell viene ofreciendo el concepto y modelo del *garrison-state*, entendido como una posible consecuencia de las tensiones padecidas en la preparación y conducción de la guerra total. Mientras que los objetivos del *garrison-state* son parecidos a los del Estado totalitario, el *garrison-state* ha tenido una evolución diferente, puesto que las modernas sociedades industrializadas ofrecen grandes dificultades para una dominación política de un caudillaje único y estrecho. A este tipo de *garrison-state* se ha llegado como consecuencia del ascenso a un poder desacostumbrado de la *élite* militar debido a las continuadas tensiones internacionales, en las que la preparación de una guerra llega a ser preocupación constante y a veces excesiva; es indiferente que estas veleidades bélicas obedezcan o no a un imperialismo mal encubierto; situación ocurrida en varios países democráticos tras las tensiones de la postguerra, en que el complejo industrial-militar ha crecido enormemente. Por las causas mencionadas surgen frecuentes limitaciones a la libertad individual y colectiva, y los preparativos de guerra, excesivos, consumen cantidades presupuestarias exorbitantes y que el contribuyente ha de soportar. De una manera directa, o bien indirectamente, los grupos militares han acumulado poder político y técnico sin precedentes. En este modelo los militares mantienen la independencia de su organización mediante alianzas con los grupos civiles interesados. Estos grupos civiles necesitan del concurso de los militares para conseguir sus objetivos e intereses, creándose una estrecha relación entre este modelo actual y el que al principio hablábamos de las sociedades feudal-aristocráticas.

Pasada la crisis de la postguerra no se formaron Estados de este tipo en Europa occidental, en aquellos países en los que existían instituciones relativamente estables. La reconstrucción política de las potencias totalitarias derrotadas y que fueron ocupadas por los aliados ha dado un poder limitado a las fuerzas armadas en el equilibrio sociopolítico interno, que de hecho ha cualificado su situación y función sociopolítica, prestigiándole incluso con esa nueva expresión de los ejércitos. El mayor prestigio en este caso, que han recogido tales ejércitos europeos, ha sido volver a su condición de populares dentro de una tecnificación eficiente y olvidando la milicia por la milicia, desprovista de sus verdaderos objetivos y que en tantas ocasiones olvidaron muchos jefes militares.

Los militares en estos países parecen operar como un grupo de presión específico, desplegando en cada circunstancia una acción determinada para influir en las decisiones políticas, condicionarlas o presionarlas en diversa medida según les afecten o se relacionen con la seguridad nacional. Sólo en Francia han intervenido directamente en el proceso político, y como una con-

secuencia de la descolonización más que como una reacción contra la política de defensa o un criterio de participación directa en el Poder.

En general se ha dado un aumento de la influencia de los grupos militares en la política interior de los países europeos dentro del ámbito de las relaciones civil-militares, y ello sin que los militares se lo hayan propuesto en el sentido al menos de otras épocas. El militarismo contenido antes en amplios sectores militares, prácticamente ha desaparecido en la mayor parte de los ejércitos de Europa, pese a los cuantiosos y exorbitantes como dudosamente efectivos presupuestos que consumen las fuerzas armadas, y los sectores de producción industrial que dominan.

II

La situación actual de las fuerzas armadas en las sociedades europeas es el resultado de la destrucción ocasionada por la guerra y las transformaciones profundas ocurridas posteriormente a causa del desarrollo de las armas termónucleares. Las condiciones de la paz que hoy existe produce una continuación en otro sentido que el tradicional del equilibrio de los poderes en Europa. La tendencia a una integración europea exige también unas alianzas cada vez más completas entre los diversos países en unidades supranacionales, tanto para una defensa y economía europea, como para una futura integración política.

Para poder interpretar y comprender las nuevas circunstancias sobre las que se producen estos hechos, algunos sociólogos han querido analizar la estabilidad política de la postguerra comprendiéndola como una transición de los esquemas de estratificación social, y para ello se han basado en los conceptos tradicionales de clase y prestigio y ascendiente social, buscando esa «clase política media» que ha ido determinando los últimos años. Sin embargo, caben abundantes objeciones a este método, ya que no profundiza en otros elementos de importancia. Así, un análisis en tal sentido de una sociedad industrializada y sometida a los procesos de las europeas, de transformación política y social, olvidan en su concepción una visión amplia de los conflictos económicos que todavía persisten, y que ponen de manifiesto otras dimensiones sociales, étnicas y religiosas de las diversas partes de Europa. Los estudios realizados en la dirección que señalamos pecan también de incompletos en el sentido de que suelen desconocer la crisis de las lealtades producida en las conciencias individuales sobre todo en lo referente a la política, y que ha sido un fenómeno que ha acompañado a lo que, con más entusiasmo que estudio, se viene llamando «la crisis de las ideologías». La realidad, el dato, es la crisis de las lealtades políticas tradicionales, la forma-

ción por el electorado de una decisión más individualizada, así como una tecnificación progresiva y abrumadora de los partidos.

No se pueden desconocer los orígenes, desarrollo y consecuencias que se vienen operando debido al movimiento de integración europea, en una perspectiva de estudio de la estratificación en sociedades industrializadas de la Europa de hoy, tanto en lo que se refiere a las posibilidades que ofrece como a las modificaciones que supone, y que incluso ya se han operado en las estructuras europeas y en la política exterior.

Con las precauciones oportunas podemos decir que el acontecer del período transcurrido en Europa occidental desde 1945 ha desarrollado un modelo «democrático» de élites civil-militares que nos sirven, en cierto modo, de cliché provisional, llamando la atención sobre el riesgo que supone no obstante, puesto que existen importantes excepciones. A pesar de todo ha constituido el centro de la política interna y de la estabilidad social durante la postguerra hasta ahora. Un acercamiento institucional puede basarse en la interpretación de que el desarrollo industrial aproxima las estructuras sociales y sus sistemas de valores. Pero ello no ocurre necesariamente, y en nuestro caso las actuales diferencias en las fuerzas armadas de los países europeos, si bien pueden disminuir también es posible que aumenten en las próximas décadas. Valorando todo esto sociológicamente se ha de explicar los fundamentos de las amplias semejanzas existentes y sus diferencias específicas, que en el campo político es donde más se han manifestado.

El conocimiento de la organización militar en sí misma, exige un estudio de su estructura, métodos, sistemas de educación e instrucción, doctrinas, ideología, nivel de jerarquía, disciplina y otros elementos de pura organización junto a otros de estructura y procedencia social, comportamiento, relaciones jerárquicas, autoridad, conflictos y fricciones, control interno de la organización, control psicológico, moral existente, grado de politización individual o de grupo, satisfacción o frustración, etc., y junto a todo ello una serie de factores producidos por los señalados de carácter primario y que coinciden con un determinado tipo de relación con el poder civil, influencia de la institución en la sociedad, grado de integración, función política, etc. Los factores sociales y psicológicos condicionan o influyen en las diversas manifestaciones de las fuerzas armadas y donde cobran más interés desde nuestro punto de vista es en el campo del comportamiento político. Las diferentes reformas en la organización y la variación sensible en la educación y comportamiento, ha oscurecido los límites funcionales y los campos antes vedados al militar. La delimitación propia de la institución ha variado sensiblemente respecto a la concepción en épocas anteriores. La tecnología militar, aumentada su capacidad destructiva, introducida la automación y desarrollando las nuevas armas, ha atenuado la consideración exclusivista de civiles y militares,

reconsiderando la mutua y estrecha colaboración que nunca debió faltar, y ello sin olvidar la elevación corporativa de la ascendencia militar en un sentido cualitativo. Aunque nada asegura que las guerras nucleares sean inevitables, por ahora son poco probables. Sin embargo, los militares han de prever y estar preparados para cualquier contingencia y prevenir todas las eventualidades. El nivel de especialización aumenta continuamente por ello, y esto es causa a la vez de distanciamiento de los civiles, a los cuales escapan los múltiples detalles técnicos de la defensa; aunque en gran parte la defensa depende de técnicos y científicos, son los militares únicamente quienes manejan el inmenso aparato de guerra cuya comprensión escapa no sólo al ciudadano medio sino también a las *élites* civiles gobernantes conscientes de la complejidad de los problemas estratégicos y tácticos. Cabe prever en este sentido una distanciamiento secundaria entre civiles y militares por estas causas, ya que en lo político la convicción de una mutua ayuda y necesidad es irreversible, y los civiles ante el carácter esotérico para ellos de la mayor parte de los problemas de la defensa les hace conceder necesariamente un amplio margen de confianza a los militares.

Los gastos militares aumentan y las necesidades de los planes de defensa consumen cantidades cada vez más grandes, cuyo control y fiscalización son cada vez más difíciles. Las nuevas armas y el papel cambiante de la fuerza en el equilibrio internacional aceleraron la incorporación de sistemas racionales y científicos en la estructuración militar, la fusión del sentido heroico tradicional con la capacidad técnica moderna ha producido la actual orientación tecnocrática militar. Como por ahora los ejércitos europeos no pueden servir sus propias necesidades científicas para la investigación buscan el desarrollo de sus tecnócratas.

Como consecuencia de las múltiples influencias que a su vez sufre la institución debido a las transformaciones políticas y técnicas aludidas, viene derivando la autoconcepción del militar hacia una concepción de servidor pública cualificado, en el sentido de que ha de estar siempre preparado para actuar, pero más por la disuasión que por la acción inmediata, a ser posible actuando con el mínimo de fuerza, utilizando más la negociación viable que una airosa victoria, porque ese criterio protector se ha incorporado. Este es el sentido del *constabulary concept* de que habla Janowitz (M. Janowitz, *The New Military*, New York, Russell Sage Found, 1964, pág. 12). Según este sentido, el militar llegará a concebir su propia misión con una conciencia de las posibles y tradicionales desviaciones como sujeto al control político de los órganos políticos civiles; es decir, como servidor público y tecnócrata, consciente de su responsabilidad y autorregulación, dependen valores fundamentales para la comunidad, puesto que las posibilidades de control eficaz son cada vez más remotas.

Vemos, en definitiva, que incluso la autorizada voz de Janowitz (a quien tantas veces acudiremos como uno de los más acertados iniciadores de la sociología militar) nos atrae a conceptos que mirando a la realidad actual son, en definitiva, adaptaciones muy parecidas a las de épocas pretéritas.

III

Otro elemento para valorar las transformaciones de las fuerzas armadas en Europa son las variaciones de la estructura interna. La estratificación social y profesional del militar, así como las cuestiones de jerarquía de valores y la autoridad, cobran especial relieve. Estos elementos han sufrido cambios continuos como resultado de las crisis y dificultades sufridas en las funciones, fines y prestigio de la organización militar.

En un conjunto de países como Noruega, Suecia, Holanda, Francia, Alemania y Gran Bretaña se muestran una serie de semejanzas y diferencias en la estratificación social y en la procedencia social de los oficiales. El cuerpo de oficiales y altos jefes de estos ejércitos europeos ha ido evolucionando su composición desde la procedencia de sus miembros de un *status* relativamente alto y reducido, hasta ampliar su acceso a clases más amplias y representativas. La desaparición de los ejércitos semif feudales, así como del espíritu que los animaba, culmina de esta forma con la desaparición de los últimos vestigios de ejércitos coloniales.

El acceso a la *élite* militar, abierto progresivamente a unos estratos sociales más amplios, ha sido fenómeno que se ha producido con caracteres análogos en todos los países, si bien con un ritmo distinto, pero, desde luego, acompañando a las grandes sacudidas de los principales acontecimientos históricos contemporáneos. En Gran Bretaña, por ejemplo, el Ejército ha tomado el camino de ser una profesión de las clases medias, con cierta reserva aún a las clases altas, y así, en otros países. Claro que en el caso de Gran Bretaña, como ha señalado Abrams, los altos cargos militares se han concentrado entre la alta clase media y los hijos de la profesión militar debido a ciertas diferencias entre la alta *élite* y los militares.

Otro elemento importante es el de la educación y requisitos formales para el acceso al Cuerpo de oficiales. En la actualidad, los hijos de la clase trabajadora tienen acceso a esa *élite* militar. La movilidad social en el cuerpo de oficiales en Inglaterra y Holanda es escasa, mientras que en Francia es más pronunciada, y en Noruega es del 18,7 por 100 de los cadetes del período 1950-1960, a la vez que en Estados Unidos es de algo más de 30. La apertura de la milicia a las clases trabajadoras es otro síntoma más de democratización, a la vez que de bajo prestigio de la profesión en la socie-

dad industrial, ya que no consigue atraer a los hijos de los teóricamente mejor dotados. En Francia se da una fuerte tendencia a la autoselección entre los hijos de los profesionales con rango de oficial, con cierto aire exclusivista. En Noruega, en cambio, el deseo de movilidad social por parte de las clases trabajadoras dirige a la carrera de oficial a quien no puede costear una carrera universitaria.

De todas formas, el que los orígenes sociales de jefes y oficiales militares sean más populares, más «democráticos», ello no quiere decir que necesariamente se traduzca en una «democratización» de las actitudes profesionales y en una más firme y voluntaria sumisión al control civil. De hecho existen casos muy claros en que sucede lo contrario. Las diferencias de procedencia social en el reclutamiento de la oficialidad de las fuerzas armadas de Europa occidental son un factor importante, pero secundario en el análisis de la conducta política. Los modernos sistemas de reclutamiento de oficiales muestra, desde luego, la importancia de los procesos de socialización de las fuerzas armadas respecto de la conciencia profesional. Los nuevos cuadros de oficiales no tienen preferencias por los líderes políticos procedentes y heredadas de la clase de la que proceden, ni del ambiente que se educan, tan fuertemente como antaño, ni de la posición social o la condición militar.

Junto a todos estos factores de socialización podemos agregar, para terminar, un elemento generalmente poco estudiado, y al que rara vez hemos visto en la bibliografía hacer referencia, tal vez por lo delicado de su raíz. Me refiero a la concepción del peligro y la contingencia continua del riesgo. Realmente, con la socialización y tecnificación de la profesión, así como con el alejamiento paulatino de una contingencia atómica bélica, las élites militares se burocratizan un tanto, alejando de muchos sectores el sentimiento vivo de su misión en caso de guerra. Las condiciones en que se desarrollaría un posible conflicto no convencional han operado de una manera profunda sobre las conciencias de los militares en el sentido de liberar una gran porción de su atención, antes dedicada exclusivamente a la profesión, y ahora compartida con muchos aspectos extramilitares, sociales y políticos civiles. Influencia que ha operado en un doble sentido primero, por la liberación de una gran parte de su atención en el antiguo rigor, aunque la capacidad hoy exigida sea muy superior, y segundo, por la extraordinaria responsabilidad que hoy recae sobre jefes y oficiales, por lo cual no pueden descuidar una atenta vigilancia de las tareas de los poderes civiles, ya que la obediencia en la actualidad ha pasado a ser flexible y condicionada. Incluso algún autor, como Wahl, ha hablado de un nuevo *poder de veto* por parte de la institución militar. Este poder de veto se emplea frecuentemente en asuntos relacionados con la política exterior que les afecta, y en menor es-

cala en la política interna. En Francia, la instauración de la V República consagró ese poder de veto de que hablamos.

La amplia tarea socio-política que hoy asumen los ejércitos de todo el mundo, y no menos los europeos por más institucionalizados, procede de ser los jefes militares hombres que cuidan de la seguridad nacional; tarea que entraña riesgos y responsabilidades muy amplias, y que invierte totalmente las concepciones restrictivas propias del siglo pasado por las cuales se concedía una importancia política minúscula o nula al establecimiento militar.

Finalmente, no hemos de olvidar las consecuencias que individual y colectivamente se están dando en los ejércitos europeos; primero, como fruto de la conciencia de su incapacidad de atender a la defensa eficaz de sus respectivos países, y segundo, por la convicción de que la defensa nacional sólo puede conseguirse mediante una cooperación estrecha supranacional; de que la defensa de Europa sólo puede resultar de una estrecha cooperación de las unidades militares de los países europeos en una conjunción de medios y sistemas que permitan obtener una capacidad regular. Con ello no sólo se garantiza una eficacia, sino también el mantenimiento de la integridad europea hacia dentro y hacia fuera, y a la vez al planificar Europa su propia defensa la consiguiente economía y que hoy es tan necesaria a las finanzas nacionales tan exhaustivas en los capítulos defensivos.

Con ello, los militares se están convirtiendo también en uno de los factores que más vivamente están defendiendo la causa de Europa, los que mejor han comprendido la tremenda equivocación de la aceptación de la errónea política militar norteamericana y del fracaso de la N. A. T. O.

Pero quizá esos errores y fracasos hayan sido necesarios para desembocar en una concepción más objetiva de los planes europeos de defensa en el sentido que vienen tomando últimamente.

H. OEHLING

INDICACIONES BIBLIOGRAFICAS

- ANDRZEJEWSKY, Stalislav: *Military organization and society*. Routledge & Kegan Paul. Londres, 1954.
- BOND, B.: «Military Power in Modern British History». *Journal of the Royal United Services Institution*, CVIII, agosto 1963; págs. 236-242.
- BRANDT, Gerhard: «Socio-economic Aspects of German Rearmament». *Archives Européennes de Sociologie*, VI (2), 1965; págs. 294-308.
- CLIFFORD-VAUGHAM, M.: «Changing Attitudes to the Army's Role in the French Society». *Three British Journal of Sociology*, 15 (4), diciembre 1964; págs. 338-349.

- COLES, Harry L. (Ed.): *Total War and Cold War: Problems in Civilian Control of the Military*. Ohio State Univ. Pres. Columbus, Ohio, 1962.
- DEMEIER, K.: *Das Deutsche Offizierkorps in Gessellschaft und Staat*. Stuttgart, 1964.
- FURNISS, Edgar: *De Gaulle and the French Army. A Crisis in Civil-Military Relations*. The 20th. Century Found. New York, 1964.
- GUTTSMAN, W. L.: *The British Political Elite*. Mac Gibbon & Kee. Londres, 1963.
- GURARDET, Raoul: *La Société Militaire dans la France contemporaine, 1815-1939*. Plon. Paris, 1953.
- HOWARD, Michael (Ed.): *Soldiers and Governments. Nine Studies in Civil-Military Relations*. Eyre & Spottswode. Londres, 1957.
- HUNTINGTON, Samuel P.: *The Soldier and the State; the theory and politics of civil-military relations*. Belknap Press of Harvard Univ. Press. Cambridge/Mass., 1959.
- JANOWITZ, Morris (Ed.): *The New Military*. Russell Sage Found. New York, 1964.
- -- «Armed Forces in Western Europe: Uniformity and Diversity». *Archives Européennes de Sociologie*, VI (2), 1963; págs. 225-237.
- KJELLBERG, Francesco: «Some Cultural Aspects of the Military Profession». *Archives Européennes de Sociologie*, VI (2), 1965; págs. 283-296.
- KLUKE, Paul: *Army, State and Society in the Federal Republic*. Comunicación a la 7.^a Mesa Redonda de la AICP, en Opatija, septiembre 1959.
- LANG, Kurt: «Military Sociology». *Current Sociology*, XIII (1), 1965.
- LEWIS, Michael: *England's Sea Officers: The Story of the Naval Profession*. Londres, 1939.
- OTLEY, C. B.: *Militarism and Social Affiliation of the British Army Elite*. Comunicación al VI Congreso Mundial de Sociología, Evian, septiembre 1966.
- RAZELL, P. E.: «Social Origins of Officer in the Indian and British Home Army». *British Journal of Sociology*, XIV, septiembre 1963; págs. 248-260.
- SAMPSON, Anthony: *Anatomy of Britain Today*. Hodder and Stoughton. Londres, 1965.
- SPINI, G.: *Forze Armate e opinioni pubblica*. Ponte (Florenca), 9 (12), diciembre 1953; páginas 1635-1641.
- VAN DOORN, Jaques: «The Officer Corps: A Fusion of Profession and Organization». *Archives Européennes de Sociologie*, VI (2), 1965; págs. 262-282.
- WHEELER-BENNETT, John W.: *The Nemesis of Power: The German Army in Politics 1918-1945*. McMillan. Londres, 1961.

R É S U M É

Les armées européennes ont servi de modèle aux autres pays et ont contribué indirectement à leur occidentalisation. Le développement des systèmes militaires en Europe a été le fruit d'un douloureux et intermittent affrontement guerrier et celui, aussi, de l'instabilité des pouvoirs continentaux. A partir de la Révolution française il va devenir un puissant facteur d'influence sociale et mener à la mobilité sociale, l'accès à ses élites s'ouvrant de plus en plus et n'étant plus limité à la noblesse comme dans les armées féodales et aristocratiques. Lorsque le soldat devient professionnel, une "différentiation institutionnelle", et une autonomie de l'organisation se produisent. La techno-

logie militaire, dont la spécialisation est chaque jour plus poussée y contribuera grandement. Désormais l'armée ne sera plus un instrument de la couronne mais de la collectivité. Après la seconde guerre mondiale les limites entre la sphère civile et la sphère militaire vont s'estomper davantage en raison de la nouvelle conception de la défense nationale, de la coopération plus étroite que jamais et des transformations dues aux armes thermonucléaires.

Le cours de cette évolution, en dépit de certains traits particuliers, est fort semblable dans les pays européens, quant à l'origine sociale, aux facteurs de stratification, à l'ascendant social des militaires; dès le XX^{ème} siècle les différences par rapport à la conduite sociale et politique se nuancent, et il en est de même à l'égard des relations entre civils et militaires. Les delimitations libérales formalistes vis-à-vis des forces armées ne jouent plus actuellement. De nos jours, les militaires tendent à se considérer eux-mêmes comme des serviteurs qualifiés de la patrie, conscients de leur responsabilité, du contrôle qu'ils doivent exercer sur eux-mêmes et de la grande portée de cette attitude.

Les élites militaires ne proviennent plus des classes aristocratiques, mais, pour la plupart, de la classe moyenne et même de la classe ouvrière. Cette origine, toutefois, n'est pas une donnée irréversible quant à la conduite politique. L'obéissance des forces armées au pouvoir public est actuellement souple et conditionnée.

Quant aux tâches qui leur sont dévolues pour la défense de l'Europe, les militaires sont devenus depuis la fin de la guerre l'un des groupes qui s'en acquittent avec le plus de zèle, conscients qu'ils sont de l'insuffisance des pays isolés pour assurer cette défense et du besoin d'avoir recours aux formes supranationales pour que cette défense soit efficace.

S U M M A R Y

European armies have been models for other countries, and indirectly a factor of Westernization. The development of military system in Europe was the result of painful and intermittent wars, and of instability of the Continent's powers. Ever since the French Revolution the armies form a strong social factor of influence and this contributed to social mobility by the armies becoming more and more socially broadminded with respect to high commanding ranks that before were always reserved to the mobility in feudal-aristocratic armies. Professionalization brought along an "institutional differentiation" and definite organization autonomy. The increasingly specialized military technique as a whole helped a great deal towards this. The armies as such stopped being a mere instrument of the Crown and became an instrument of collectivity. After the II World War the boundaries between the

civil and the military have faded and have given way to a new conception of national defense and a closer than ever mutual cooperation and changes brought about by thermonuclear weapons.

This evolution, in spite of certain peculiarities, has been very similar in European countries with respect to social background, stratification factors, social ascendancy, and then in the XXth Century the differences with respect to social and political behaviour adopt different postures, and also with respect to civil-military relations. Today the liberal formalist delimitations regarding the armed forces have been overcome. Nowadays the army tends to consider itself as a qualified public servant, fully conscious of the responsibility and self control entailed and of the transcendent consequences of this attitude.

From the exclusive origin of high and aristocratic classes, the top military ranking positions are now composed almost entirely of middle class men and people from the working class. However the social background does not imply an irreversible fact with regard to political behaviour. Today the obedience of the armed force to civil power is both flexible and conditional.

Regarding the task of defending Europe, the army has become since the end of the last war, one of the groups that is helping most towards Europe's cause, aware that isolated efforts are not enough for Europe's defense, and that what is needed is a supranational organization for an efficient European defense.

